





RÉGIMEN MILITAR

LOS MOCHICAS, A LA VEZ QUE POSEYERON una gran sensibilidad y espíritu fino, tuvieron también inclinaciones guerreras creadas por sus exigencias vitales. Su régimen militar se forjó, pues, como en muchos de los pueblos antiguos, por la necesidad esencial de mantener siempre intangible su dominio dentro del área del territorio que ocupaban.

La pictografía y la plástica han hecho llegar hasta nuestros días gran número de escenas y tipos de índole netamente guerrera, lo mismo que la tradición en relatos, que están casi todos contenidos en los libros de los cronistas.

Estudiando estos importantes documentos e investigando las similitudes y particularidades de la cerámica es que hemos podido llegar al conocimiento de que el mochica fue un conquistador sin mayor ambición, y que solamente buscaba en sus victorias conservar o adquirir terreno suficiente para el natural desarrollo de su población. El sentimiento altamente aguerrido de los habitantes del norte peruano llega a su plenitud con los chimús, que con un notable sentido geográfico fueron ambiciosos en la expansión de su territorio. Pero si bien no podemos comparar al mochica con sus sucesores, es posible, en cambio, reconocer que las aptitudes bélicas de éstos fueron heredadas de los mochicas.

El poderío mochica se desarrolló sobre la base de los dos valles más importantes de la costa norte del Perú: Chicama y Santa Catalina. Fue en estos dos centros agrícolas y urbanos que los mochicas llegaron, después de mucho tiempo, a la perfección de sus artes e industrias, para más tarde desbordarse lentamente al sur e iniciar las conquistas de los valles de Virú, Chao, Santa y Nepeña, sucesivamente.

En todos los lugares conquistados influyeron con sus usos y costumbres, enseñaron su avanzado arte y erigieron el culto de sus dioses; construyeron magnas obras de irrigación y grandes caminos; en una palabra: elevaron a su mismo nivel cultural a todos los pueblos que vencieron.

La conquista mochica fue lenta y progresiva, y se inició en los últimos períodos de dominación. El fundamento de esta aseveración lo hemos encontrado analizando la cerámica hallada en los valles que formaron el territorio de este pueblo. En uno de estos valles se han identificado todos los tipos: desde el embrionario hasta el perfeccionado, como sucede con el valle de Chicama –el primer centro de origen de la cultura Mochica–; en cambio, hay otros donde se encuentran sólo algunos tipos de cerámica y que pertenecen a los más avanzados.

En el valle de Chicama encontramos todos los tipos de cerámica: desde el pre Cupisnique, de forma y técnica primaria; los llamados Cupisnique, en plena evolución; los representativos de los períodos de transición entre

Fig. No. 230.- Noble guerrero usando el gorro común y collar de puntas de hueso.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XSc-015-008)

éstos y los mochicas; la primera etapa de la cerámica bícroma; y, por último, los ceramios de mayor tamaño y más perfectos, que representan la postrera etapa de desarrollo de la cerámica mochica.

En el valle de Santa Catalina desaparecen los exponentes del Cupisnique y los del período de transición, y encontramos en abundancia los que corresponden a los primeros períodos mochicas, y todos los tipos de cerámica que le siguen, muy especialmente, los finísimos vasos –representan el más alto exponente del arte alfarero– que sólo se encuentran en las huacas del Sol y de la Luna (Valle de Santa Catalina) y pampas de Jagüey (Valle de Chicama). En el valle de Virú desaparecen los dos primeros estilos, es decir, aquellos vasos de gruesas líneas, parecidos a los cupisniques, siendo muy raros aquellos que más tarde calificaremos como del segundo período mochica, y los de tipo refinado. Sólo hallamos en este valle los huacos pertenecientes a los dos últimos períodos. Pero debemos advertir que en este valle encontramos un tipo de cerámica que hemos clasificado como Virú-Cupisnicoide, una mezcla de los vasos llamados negativos y cupisnique.

Más hacia el sur, en los valles de Santa y Nepeña, las necrópolis contienen únicamente el tipo de cerámica del último período, la de mayor tamaño y más práctica. Quiere decir esto que los valles fueron conquistados uno a uno en diferentes períodos, pues está certeramente probado que la evolución de la cerámica se halla íntimamente ligada al desenvolvimiento cultural de los pueblos.

Hay que suponer, además, que los mochicas –pueblo de artistas–, que sólo vieron en la conquista una forma de asegurar su tranquilidad para el normal desarrollo de su vida, no estuvieron animados de ferocidad ni de espíritu sanguinario en la guerra. Nos inclinamos a creer que sus jefes, con ideas contrarias a las del soberano chimú, ambicionaban más el orden y la paz que la guerra para su pueblo. Pero las pictografías guerreras parecen probarnos lo contrario: ellas demuestran que las luchas eran crueles y de cuerpo a cuerpo, luchas en las cuales se sometía a dura prueba el valor personal de quienes tomaban parte en la batalla.

Sin embargo, es de suponer que la fiereza revelada en dichas escenas no es sino la expresión de los excesos que no pudieron faltar en ataques cuerpo a cuerpo, en los que todo control humano se perdía, y se sobreponía a la lucha el natural instinto de conservación. Con todo, los mochicas

revelan el gran valor que ponían en sus combates, denudado que ha ido perdurando en las hojas del tiempo; pues, los grandes jefes chimús aprovecharon esta virtud para sus refriegas y gracias a ella consiguieron agrandar con éxito su territorio. Fue ese valor y ese empuje lo que hizo que llegaran las fronteras del señorío chimú más allá de Tumbes, por el norte, y por el sur, hasta el borde extremo de los dominios de Chuquismanco. En sus relatos, los cronistas están de acuerdo en la pertinacia y valentía de los pobladores chimús, que se empeñaron en luchas sangrientas, incluso antes de la dominación incaica. Para someterlos fue necesario el concurso de un ejército de treinta mil hombres al mando de un jefe hábil y sagaz, como fue Túpac Yupanqui, designado por su padre, el inca Pachacútec, para el sojuzgamiento de los pueblos yungas del norte peruano. Con esta dominación, que fue bastante dura y obtenida a largo plazo, se debilitó mucho el valor y el espíritu aguerrido de los habitantes norteños. Pues su homogeneidad y los nexos que los hacían solidarios fueron desarticulados por la práctica de los mitimaes, recurso supremo de los incas encaminado a destruir toda posibilidad de reacción y poder consolidar así su dominio de los pueblos por ellos vencidos.

Las aptitudes del guerrero están perfectamente simbolizadas en la cerámica. La imaginación mochica plasma en las características de algunos animales las aptitudes que debería reunir el guerrero para constituir el hombre de armas ideal. De allí que encontremos un zorro guerrero antropomorfo para representar la astucia –tan necesaria en la estrategia–; el halcón guerrero antropomorfo, que representa el poderío y fiereza de las aves de rapiña; el ciempiés antropomorfo, que simboliza la dureza y resistencia del guerrero de ese entonces que tenía que cubrir todas las distancias a pie; y el colibrí antropomorfo –pajarillo que para el espíritu observador mochica era una de las aves más valientes– para simbolizar a sus guerreros. Es muy común observar en esta región cómo una de estas diminutas aves ataca a un halcón o a una águila en el aire. A estas figuras simbólicas también las encontramos tomando parte en escenas de carácter religioso.

Para el mochica, el hombre de armas no solamente debía poseer valor y destreza, sino también ser hábil en tácticas de guerra. En las escenas de lucha que se ofrecen en los vasos pintados se puede apreciar el hecho de que las gentes que entraban en pugna con los mochicas eran